

quieras; todo, todo, dejar á mi madre..... y eso que la pobrecita ya está vieja, y enferma. Mi padre me dejó así, chico; y ella me crió; me mandó á la escuela; me puso en el taller; me dió oficio y me hizo hombre trabajador y honrado... Carmen, tú no me quieres..... No sientes el mismo amor que yo siento por tí. Si vieras con que alegría trabajo pensando en tí. Yo no sé explicarme, porque no tengo palabras, pero, la verdá, desde que me dijiste que me quieres todo es bonito para mí; hasta la noche más oscura me parece estrellada. Si tu me dieras un desengaño, yo me iba de aquí, lejos, muy lejos, me hacía soldado, me daba á la bebida..... hasta..... creo que hasta me daba un balazo.

—¡Virgen Santísima! ¡No, eso sí que no! ¡Dios nos libre! Mira, Gabriel: con el tiempo te convencerás de cómo te quiero yo; con toda mi alma; como yo sé querer. Yo, si tú me olvidaras, me moriría.....

Y enlazando sus brazos al cuello del ebanista le estrechó contra su pecho, trémula, apasionada, ebria de amor.

El mozo regocijado, abrazóla también, y después de un rato de silencio, díjole cariñosamente.

—Vete á dormir, Carmelita..... Me voy contento. Quiéreme así.... ¡siempre así!

Gabriel volvió á su cuarto y la *Calandria* cerró la puerta poquito á poquito, para que no rechinaran los goznes.

Estas entrevistas eran diarias. Aquellas trasnochadas y aquella privación del sueño necesario dañaban á la huérfana. Tenía la color quebrada, las rosas de sus mejillas se iban marchitando, y en torno de aquellos ojos meridionales aparecían cada mañana violadas tintas que sólo se borraban muy avanzado el día.

La joven se mostraba cansada, displicente; ya no llevaba al lavadero la dulce alegría primaveral de sus canciones; ni, como en meses anteriores, estaba lista para el trabajo. Parecía enferma.

—¡El mal de la madre!—decía Doña Pancha.

—¿Qué tiene vd. Carmen?—le preguntaba Malenita.

—Nada.

—Vd. está enferma..... Ya se van acabando las chapitas, hijita. Vd. tiene cara de anémica. Que venga el Doctor y que lo diga. Esta anemia, hijita, que nos mata! Nada de medicinas..... ¿me entiende vd? Yo estoy harta de píldoras y de baños de regadera. De tres años acá me ha caído encima toda el agua del Diluvio. Jurado dice, que píldora

á píldora me he tomado ya la llave del cuarto. Coma vd. bien, hijita: buen bisté, buena carne, papas, buen vino.....

—¡Si no tengo apetito!

—¿No tiene vd. apetito?..... Pues una copita antes de comer.

—Si tomo pulque.

—No, hijita: cognac. A mí me prueba eso muy bien.

—Pero vd. toma mucho..... ¡ya se lo he dicho!

—¡Hija! Y me volveré borracha..... ¡qué hemos de hacer! ¡Si no fuera por eso! Jurado me trae mis botellitas de cognac. Sólo así, hijita, sólo así!..... Véngase á comer conmigo.....

—Tengo que esperar á Gabriel: ya es hora de que venga.

—¡Qué venga cuando quiera, hijita! ¿Qué obligación tiene vd. de esperarlo? No es vd. su mujer, ni su criada..... ¡vaya!

Y quieras que no, con gran disgusto del ebanista, la huérfana se sentaba á la mesa del tinterillo y de su amiga.

Después de la comida, cuando Jurado estaba ausente, Malenita sacaba del ropero, un libro de pasta roja y dorada, las *Poesías* de Plaza ó los *Versos* de Acuña y principiaba la sesión literaria, Magdalena leía en voz alta, con acento trémulo, y cierto énfasis teatral, páginas y más páginas. *La Ramera* y el *Nocturno* merecían siempre los honores de la repetición.

—¡Qué alma, hijita, qué alma la de estos hombres!

Magdalena—como decía el portero, entre terno y terno,—era *muy leída y escribida*. Había estudiado cuatro años en una Escuela superior y de allí sacó ciertas aficiones literarias que la llevaron derechito á los brazos del tinterillo. No sabía zurcir unos calzones ni hacer una taza de chocolate; pero estaba repleta de Sintaxis, de Geografía y de Historia, lo cual no era parte á librarla de ciertos disparatillos ortográficos; no era capaz de freir unos frijoles, pero sí de recitar y declamar con frenesí versos y más versos. Años atrás le habían confiado el papel de Lola en “Flor de un Día,” y desde entonces cobró tal afición al teatro que de buena gana se hubiera metido á cómica. Cuando Enrique Guasp vino con Muñocito y Concha Padilla tuvo en Magdalena una admiradora apasionada. En resumen: una romántica al uso. No se sahumaba con paja, ni bebía vinagre para estar pálida; no sufría la nostalgia del cielo; pero suspiraba por otro ambiente y se sentía infeliz en medio de una sociedad que no supo comprender á Acuña y de la cual dijo pestes sobre pestes el destormentado Plaza, en quien veía

la *culta* Magdalena el "*non plus*" de los poetas habidos y por haber.

—Hijita, me va vd. á decir la verdad..... yo soy su amiga, amiga verdadera, amiga del corazón..... nuestras almas se comprenden, se identifican..... Me va vd. á decir lo cierto. No desconfíe de mí..... no, hijita. ¡Es tan dulce aliviar nuestra alma del peso de un secreto! Una confidencia tiene mucha poesía. Vd. tiene amores con Gabriel.

—¿Yo?..... ¡Yo no!

—¡Cómo que no! Sí, sí; vd. es muy reservada, y hace bien en serlo con los demás; pero no con una amiga; con una hermana, como yo. Vamos, hija, si yo todo lo he comprendido: Gabriel la quiere á vd..... ¿no? Y vd. está también chiflada por él..... ¿no? ¿no? ¡sí que sí! ¿Quiere vd. que yo le diga lo que he visto?

—¿Qué?—preguntó la joven encendida.

—¿Qué? A su tiempo..... yo lo diré á su tiempo..... Las paredes tienen ojos y oídos..... y cuando uno menos lo piensa..... hasta las piedras hablan..... Hijita, los novios piensan que nadie los ve. No me lo niegue, hijita. Como dice Plaza:

*“Con qué placer en la noche
Que á descansar nos obliga.....”*

Carmen estaba roja como una amapola, y decía para sus adentros: —“Esta nos ha visto.”

—No, Malenita. A mí me simpatiza.....

—Y vd. á él..... ¿no es verdad?

—Sí..... —contestó la joven con voz trémula.

—¡Y lo negaba vd.! ¡Eso es poca confianza!

—¿Poca confianza?..... no, Malenita, eso sí que no!

—¿No le ha dicho á vd. nada?

—Sí..... pero.....

—No hay pero que valga, hijita. No me lo niegue. Si yo la ví á vd. la otra noche..... y Angel también.

—¿Me ha visto?

—¡Vaya! ¡Y como es tan pito-flojo, y no calla nada!

—¿Qué vió? ¿Algo malo?

—Malo no. Vió á vd. hablando con Gabriel en la puerta de la calle..... cuando volvía de los maitines.

—Pues no es cierto, porque á esa hora no he hablado nunca con Gabriel.

—¡Pues eso dice!.....

—Pues dice mal, y miente. Yo le diré á vd. Malenita; es verdad que yo he hablado con él, pero á otra hora, más tarde. Vea vd. lo que son las gentes. ¡Más embusteras y enredadoras!

—¡Ay, hijita! ¡Qué les importa! Cada uno hará de su capa un sayo. Lo que vd. necesita es quien la aconseje en estos amores. ¡Es vd. muy niña, no tiene experiencia, hijita, no tiene vd. experiencia! A mí, con franqueza no me gustan esos amores. ¿Qué le ha visto vd. hija, á ese muchacho? ¿Qué es buen mozo? ¿Qué es simpático? Conformes, hijita, conformes; pero ¿qué esperanza, qué esperanza, tiene vd. con Gabriel? Es bueno, trabajador, hasta elegante..... conformes, hija, conformes; pero para otra, no para vd.; para otra; sí, para otra; para Petrita, aunque la pobre es tan así, tan sin gracia; para la hermana de Anastasio Romero, no para quien debe y puede aspirar á más. Tiene vd., hijita, la desgracia de no ser hija de matrimonio, es lástima; pero si eso no fuera y viviera vd. con su padre, quién de estos artesanitos se atrevería á mirarla. Oiga vd., Carmen, oígame vd.: hay que salir de la esfera en que nacimos; los tiempos ya son otros; la *ilustración* pide, vamos, manda que procuremos subir..... subir, hija, subir, sea cómo fuere! ¿Qué esperanza tiene vd. con Gabriel? Hija, desengáñese: un carpintero no dejará de ser toda la vida un carpintero.

—¡Por Dios, Malenita!

—Pero, vamos: por ahora eso no se le ha de quitar á vd. de la cabeza..... ¿Por qué hablan vdes. así, en la puerta? ¿No ve vd. que están expuestos á que cualquiera los vea?

—¿Pues, cómo?

—¿Cómo? Hija..... ¡cosa más fácil!..... ¿No están juntas las dos puertas? Pues que entre Gabriel al cuarto de vd..... y si no quieren estar en la zozobra de que Doña Pancha los oiga, vd. se pasa al de Gabriel. ¡Claro, hijita! ¡No sean vdes. tontos!

—¡Cómo! Eso no. ¡Qué diría mi mamá!

—¿Ahora sale vd. con los escrúpulos? ¡Ranciedades! ¡Ranciedades, hija! La que no se cuida sola, ni bajo todos los cerrojos del mundo está segura. ¡Tonteras! ¡tonteras! Bien digo: vd. necesita quien la aconseje.

Esto decían, después de la comida, en torno de un velador, sobre el cual entre dos copas de anisete mezclado con cognac, estaba abierto el libro predilecto de la ilustrada Magdalena.

—Eso sería muy feo.....

—Sí..... ¿sería muy feo? Peor es que se estén toda la noche en la puerta, dando parte de los chicoleos á cuantos pasan..... Hijita, hijita..... ¡ó herrar bien ó quitar el banco!

IX

Llovía á cántaros. Un aguacero de Agosto, torrencial, interminable, de esos que impiden á los generales ganar las batallas y que pasan á la Historia como una prueba de los caprichos de la veleidosa Fortuna.

Apénas pudo Gabriel oír, y eso muy confusas, las últimas campanadas del reloj de la Parroquia que daba las doce; con atento oído esperó la repetición, y abrió la puerta. El agua, rebotando en las baldosas de la acera inundaba el umbral; el dintel goteaba y el arroyo muy crecido tenía por cauce toda la calle.

El ebanista afirmó en sus hombros el *sarape*, se caló el *jarano*, y apoyándose en las jambas se asomó á la calle.

¡Ni alma! ¡Qué noche tan oscura! De trecho en trecho, en las esquinas, las linternas de los serenos que refugiados en las puertas resistían el viento, escondiendo el rostro dentro del pesado capuchón. Los aleros parecían cascadas, y la inconmensurable serie de sus chorros, á la luz de los faroles, un gran fleco de cristal salpicado de amarillentos diamantes. Al estrépito del agua en las baldosas juntaba el viento sus resoplidos de gigante y la corriente el run-run invariable y monótono de sus ondas arrebatadas, en cuyas crestas centelleaba con chispas efímeras el reflejo de las luces, bregando con las sombras.

De tiempo en tiempo un relámpago; en seguida un trueno lejano que resonaba sordamente en la cordillera, donde la tormenta fugitiva y ya sin vigor quemaba los últimos cartuchos, incendiando con fuegos de hornaza nubes y cimas.

Junto á la puerta, casi á los piés del mozo, un perro vagabundo, aterido y famélico roía con tesón un hueso descarnado y hediondo. No dejaba su tarea más que para rascarse y lanzar un quejido penoso.

Gabriel retrocedió un paso y con el mayor cuidado recogió en dobleces las anchas bocas de su estrecho pantalón, para preservarlas del fango, y de puntillas se fué á la puerta inmediata. Allí, echóse atrás el sombrero, vió por el ojo de la llave lo que pasaba en el aposento, y luego, aplicando los labios á la cerradura, silbó quedo, muy quedo, el

dúo de "*Juramento*." A poco se entreabrió la puerta y apareció la huérfana, vestida de blanco y envuelta en un *rebozo*.

—¡Qué noche! Creí que no vendrías..... pero, ya lo ves, te esperé. ¡Jesús! ¡Cómo llueve!

—Sal..... ¡ni quien pase!

—Espera..... —dijo la joven, recogiendo con ambas manos su blanca y ruidosa falda.—Cierra con mucho cuidado.

Gabriel tiró suavemente de la hoja.

—¡Ya! ¡Pasa! ¡Pegadita á la pared! Mira y no pises en el charco.... ¡cuidado con ese perro asqueroso!

En dos pasos la enamorada pareja quedó á salvo de la lluvia.

—Dispensa: se me olvidó taparte con mi *sarape*..... pero, no te molestaste ¿verdad?

—Apenitas..... el salpique de las canales.....

Mientras la muchacha sacudía su vestido, Gabriel cerró la puerta, encendió una cerilla y con ésta una vela que estaba sobre la mesa, en una botella, que le servía de candelero; arrojó sombrero y abrigo sobre el catre, y con un movimiento de cabeza llamó á la joven.

—Toma; aquí están los listones. Después de la raya los fuí á comprar. Mira si están buenos..... ¿así los querías?

—Veré..... —Carmen tomó el paquetito y con esa nerviosa agitación de la curiosidad femenil ante un adorno, rompió precipitadamente la envoltura y se acercó á la mesa para examinar el obsequio.—¡Bonito color! ¿No había azul pálido? Me parece que éste tira á verde....

—Azul es y pálido. Ya lo verás mañana..... ya sabes que de noche estos colores se confunden. Ahora parece verde-mar, como mi corbata..... compáralos.

La huérfana desarrolló la cinta y colocando una punta de ella en el pecho de Gabriel observó un instante el efecto.

—Ya verás, Carmelita..... qué distinto color. Acerca la vela.

—¡Tienes razón!..... Ahora, ¡muchas gracias! ¡muchas gracias, señor mío!

—¡Te verás más linda con esos listones!..... ¡Lo que se llama linda!

—Te parece..... A mí todo me cae igual. A mi hermana..... eso es otra cosa..... ¡no se ve lo mismo de negro que de azul!

—Pues á mí tu hermana, digan lo que quieran los catrines que le hacen la rueda, no me gusta; ni de azul, ni de negro. Ya quisiera, pa-

ra un día de fiesta, estos ojitos que parecen dos luceros; y esta boquita; y estos dientes que parecen granos de elote, de tan parejitos y tan blancos; y este pelo quebrado.....

La joven estaba hermosísima. La luz de la vela daba de lleno en su rostro, el óvalo magnífico de su cara, rodeado por los pliegues del *rebozo*, tenía la palidez del marfil; sus rasgados ojos brillaban de alegría; los rizos negros que caían sobre su frente hacían resaltar la blancura purísima de las mejillas; y al sonreír los graciosos y gruesos labios dejaban ver dos medios aros de perlas.

Gabriel había ido señalando cariñosamente con el dedo cada una de las perfecciones de su amada, y al llegar á los cabellos, tomó la gentil cabeza de la doncella entre sus dos manos y atrayéndola á su pecho y acariciándola exclamó:

—¡Eres tan linda, Carmelita! ¡Como tú..... no hay dos!

Carmen contestó con una carcajada, tratando de apartar los brazos del ebanista.

—¿Para qué compraste tanto? ¡Es mucho! ¡Con dos varas!

—Por si necesitas más..... son cuatro.

—¡Cuatro! Me parece que no..... Mira..... y principió á medir la cinta, con toda la extensión de su mano, del pulgar al meñique.—Una, dos, tres, cuatro..... ¡Una! Una, dos, tres, cuatro. ¡Dos! Una, dos, tres.....

Gabriel la interrumpió:

—¡Qué vas á medir así! ¡Con esas manecitas!..... Aquí está la vara.....

Y sacando del bolsillo de la chaqueta un metro de latón, que desdobló pausadamente, agregó:

—De este lado..... hasta aquí..... Mira: una, dos, tres.....

—Déjame; yo..... Una, dos, tres, cuatro, cinco. ¿Ya lo ves?

—No; por el otro lado, Carmelita.....

—Eso es; tienes razón: una, dos, tres, cuatro..... y un poquito más.

—¡Ya viste! ¡Ah tonta! ¡Bonitas manos para medir! ¡Mala estás para tendera! Deja eso y ven; aquí, junto á mí.

La joven tomó asiento en el catre, que, al sentir el peso, se quejó con un crujido prolongado; Carmen, medio reclinada en las almohadas, con felina indolencia, libre del *rebozo* y dejando ver el busto escultural, el airoso cuello y las gruesas y largas trenzas que caían para-

lelas sobre el turgente seno; Gabriel junto á ella, en una silla de pino, tosca, sin barniz, á horcajadas, descansando los brazos en el respaldar y con el alma en los ojos, contemplando á su amada.

—¿Sabes? Quería decirte una cosa..... que acaso te disguste..... que tal vez no te agrade..... pero..... ya no puedo callármelo por más tiempo.....

—¿Qué cosa? ¿qué me disgustará? ¿qué?

—Yo creo que sí..... me ocurre que no será de tu agrado.....

—¿Celitos tenemos? Como siempre; ¿celitos sin razón?..... Gabriel, tú ves visiones..... Un mosquito lo conviertes luego, luego, en un elefante. Dí.

—¿No hay enojo?

—Dí.

—No; primero ofrécame que no lo habrá.....

—Dí lo que tienes que decirme, que si no hay motivo, ni son desconfianzas que ofendan.....

—Pues, oye: no sé por qué tienes unas amigas..... que..... la verdad..... la verdad, no me gustan.

—¿Amigas yo? Pero..... ¿qué amigas, Gabriel? Si no trato más que con las de la casa. Me dijiste que no viera á las Domínguez, y no he vuelto; ví que te caían mal las Ortegas, y lo mismo..... ¿qué amigas?

—No vayas tan lejos; no vayas tan lejos, que en esta casa vive la que yo no quiero; y si las Ortegas son como son, y las Domínguez como ya tú sabes, la que yo digo es peor, sí señor, peor, mucho peor.

—¿De quién hablas?

—De tu amigota; de tu gran amigota; de esa mulata que mal rayo parta, de Magdalena.....

—¿Qué te ha hecho, Gabriel, para que así hables de ella? Al contrario, siempre tiene buenas ausencias de tí.....

—¿Buenas ausencias? ¿Buenas ausencias? ¡Lo que menos! Si no tiene palabra buena, ni obra que no sea mala; ya se ve, su vida lo dice. Yo no me espanto de que las gentes sean así; ¡qué me voy á espantar! pero no me gustan las hipócritas..... Mira tú: una mujer como esa, que vive enredada, sí señor, enredada con ese huizachero de todos los diablos, porque esa es la verdad, y lo cierto se ha de decir..... Yo la conocí cuando vivía con el gachupín de "*La Santanderina*" y después con el teniente, un indio que todas las noches llegaba borracho y le daba unas tundas de Jesús me valga..... Los dos la echaron á al

calle, y entonces encontró su pichón, el huizachero..... ¡si hay hombres que de á tiro pierden la vergüenza! Y la pasea, y la saca del brazo, y la lleva á los Toros y á la Comedia..... y ella muy ancha, como verdolaga en huerta de indio, y la da de honrada, y de rica, cuando no es más que una soberana.....

—¡Gabriel! No hables así..... ¿qué te ha hecho?

—¿Qué me ha hecho? Debías preguntarme lo que te ha hecho á tí?

—¿A mí? Nada; ser buena conmigo, cariñosa; regalarme cuanto puede, llevarme á comer á su casa..... No, Gabriel, será buena ó mala, yo no lo averiguo. Yo lo que sé es que con mamá fué muy gente; que se manejó como pocas.

—Eso sí es cierto; á mí no me ciega la pasión: yo no lo niego..... pero así es ella: una de cal y otra de arena..... ¿sabes lo que ha dicho? ¿lo sabes?

—No.

—Pues antier, y ayer, y esta mañana fué, como siempre, á soltar el pico en casa de Salomé; esa beata que bien baila..... y tal sería lo que dijo que ésta le paró el alto y la llamó al orden.

—Pero acaba, Gabriel; ¿qué dijo?

—Dijo que mi señora madre y yo te habíamos recogido por interés del semanario que tu padre dá; que yo, por otra razón, porque..... motivado á que tenía amores contigo..... y malas intenciones; que así quedaba yo en la arena y junto al río; que mi señora madre y yo teníamos hecho el plan para que tú..... No quisiera decirlo, Carmelita, no quisiera..... pero es preciso que te lo diga..... para..... que tú dieras un tropezón..... ¿me entiendes?..... —Gabriel temblaba indignado, colérico, rabioso.—Y entonces, quisiera que no quisiera, tu padre te dejara casar conmigo; que teníamos esperanza de que te dejara algo, de herencia; ó, cuando menos, que una vez casados, porque no habría otro remedio, y al fin eres su sangre, me pusiera un taller, y así saldríamos de hambres.

—¡Tú dirás! Cuando á mí me basta y me sobra con mi trabajo; porque no soy flojo, ni borracho, y sé el oficio, vaya, (aunque me tome la mano en decirlo), como el que mejor; cuando, con mi trabajo, con estos brazos, gano más de lo que Don Juan roba en el Juzgado á los que caen en sus manos, y tengo para sostener, no digo á ella, á cuatro mejores, sin deudas ni trácalas; cuando..... —Aquí la voz de Gabriel

principió á ponerse trémula—cuando, tú conoces bien á mi señora madre, es..... yo no lo digo porque es mi mamá..... pero es muy buena; tiene muy buen corazón, y es muy honradota, y ni antes, ni ahoy, ni nunca, tuvo enredos con nadie; cuando yo te quiero tanto, tanto, tanto, Carmelita, como ninguno te quedará. Dime si alguna ocasión te he faltado..... ¡ni tanto así!..... ¿verdá? Y mira: soy hombre como todos..... pero te quiero mucho, mucho!

En vano trataba el ebanista de dominar su pena. La cólera que poco antes le poseía se había cambiado en profundo dolor. Viendo su dignidad herida, lastimado su amor filial y la sinceridad de su cariño puesta en duda, sentía que se le desgarraba el corazón. Su indignación vino á convertirse en amargura y el acento nervioso y enérgico con que un momento antes inculpaba á la del tinterillo fué tomando, por una serie de naturales transiciones, los tonos de la ternura dolorida, melifluros y temblorosos, hasta que, al fin, no pudo más, y acabó en un sollozo ahogado. Gabriel, apoyado de codos en el respaldar, ocultó el rostro entre las manos para que la huérfana no viera que dos gruesas lágrimas rodaban por sus mejillas.

Después de una larga pausa, durante la cual Carmen no se atrevió á decir palabra, el muchacho prosiguió:

—Y no es esto todo. Dijo también, que ya estaríamos contentos: que tú venías cada noche aquí, á mi cuarto.....

La doncella sintió que la sangre se le subía al rostro.

—Que sólo mi madre, que era una tonta, no se daba cuenta de lo que pasaba; que confiaba en tí de sobra..... y que si en arca abierta el justo peca..... cuanto más nosotros que no somos unos santos.

—¡Eso es una infamia! ¿Quién te lo contó?

—Quien lo sabe; quien lo oyó todo. Primero, Tacho me dijo algo, y creí que eran sus guasas de siempre; luego, Enrique López, ahora que fuí á la Barbería. Me preguntó por tí; me encargó que te dijera que tenía dos canciones nuevas que te iba á enseñar; me bromeó contigo, como lo hace siempre, y apenas se fueron los marchantes y nos quedamos solos me lo dijo todo. Ayer, cuando Salomé le llevó la ropa, le despetió el chisme. Después yo atrapé á Angel, le metí plumas y escupió todito.

—¡Gabriel! Ya los conoces. ¿No serán falsos?

—No; porque Tacho y Enrique son mis amigos..... y el muchacho no lo había de sacar de su cabeza.....

- Tú no sabes de lo que es capaz.
- Y tú no conoces á Magdalena..... ¡Esa no te quiere!
- ¡Conque ayer Malenita me dijo que para mañana me convidaba á comer; que Jurado tenía una visita..... un señor rico.
- Pues no irás.
- ¿Por qué? No me han de quitar un pedazo.....
- ¿Cómo has de ir á esa casa, cuando allí dicen de nosotros todas esas calumnias?
- Gabriel: yo creo que te han engañado. Malenita es buena contigo. Ella fué la que me aconsejó que no habláramos en la puerta, sino que viniera yo acá.
- ¿Por qué no me lo dijiste? Sí; te aconsejó todo eso para después hablar y decir de todos y rajarse de tí!
- Además, habló con tu mamá, y le dijo: “Doña Pancha, esos muchachos se quieren, pues que se casen.....” Y tu mamá le dijo, que si mi papá te armara y te pusiera una carpintería, entonces sí..... pero que ella creía que no teníamos nada; que nos simpatizamos y nada más, nada más.....
- Porque mi madre es una bendita: de nada le sirven los años..... ¡Tener así confianza con esa negra que mal rayo parta!
- No hagas caso. Es mejor tenerla de amiga.
- Y tú, ¿para qué le contaste..... ¡tanto y tanto cuidarse para que tú fueses á decirselo!
- No reflejé, Gabriel. ¡Cómo es tan buena conmigo!
- ¿Buena? Ya verás.
- Y qué te importa, si yo te quiero; si te amo con todo mi corazón! Siéntate aquí, en el catre, junto á mí..... pon este sombrero en otra parte..... en su clavo.
- Sentóse Gabriel al lado de la huérfana. Esta atrajo la cabeza del mancebo hasta descansarla en su regazo, y principió á acariciar al joven, jugando con sus cabellos.
- Ten calma Gabriel; de todo te acaloras. Ya ves, estoy tranquila. Te ofrecí que no habría enojo y no lo hubo.....
- No me ofreciste nada.
- ¿No? Pues es lo mismo. ¿Para qué disgustarte cuando tu cantadorcita está contenta y te quiere tanto?..... Chinito mío, ¿de qui-én son es-tos cres-pos?
- Tu-yos.....

- ¿Y estos ojitos que se encienden como dos brasas, cuando su dueño se enoja?
- Tu-yos.....
- ¿Y este bigote negro..... tan lindo y tan suave, que parece una seda?
- ¡Tuyo!
- ¡Tonto! Si yo te quiero..... qué te importan los chismes y falsos de esa gente!
- ¡Tienes razón!
- Gabriel cerró los ojos, como adormecido por las caricias y mimos de la doncella.
- Serás mi mujer, Carmelita..... ¡si tú quieres!
- La lluvia había cesado. Los vientos que en aquellas regiones montañosas soplan después de una tormenta barrían el cielo. Cuando la Calandria volvió á su nido, la noche lucía su espléndido manto azul sembrado de estrellas, y la luna creciente doraba con pálidos fulgores los tejados húmedos y las piedras lavadas por la lluvia, rielando aquí y allá, en los charcos, como en un reguero de espejos rotos.

RAFAEL DELGADO.

[Continuará.]